

Se dió orden de abandonar el buque y de guarecerse bajo la tienda; pero el hielo cesó de moverse, la goleta no hizo mas agua, y como se estaba mejor á bordo que bajo la tienda, se volvió á embarcar todo el mundo pocos instantes despues. Como se habia detenido el movimiento del hielo, podíamos esperar algunas horas de tranquilidad.

Durante el día se vió con admiracion que el gran témpano al cual habia estado amarrado el buque desde su entrada en el banco, se habia partido. Si se habia partido así, siendo uno de los mas fuertes, ¿qué seria durante las tempestades del invierno? El teniente Krusenstern, que por un momento habia pensado invernar en el banco, en el caso de que la goleta se perdiera, modificó sus ideas; reconoció que la única esperanza de salvacion consistia en procurar ganar la costa, y desde entonces se preparó poco á poco á aquel desventurado viaje.

Como el día fue bueno, se pudieron hacer observaciones que demostraron que la costa no distaba mas que 18 ó 20 millas; el termómetro marcaba mas de 1° Reaumur.

El 3 se empezó á desaparecer el buque y á vaciar la cala; á las ocho de la mañana el hielo se puso en movimiento: la arboladura gemia tristemente; muchas tablas se rompieron; todo el puente se encorvó. Se desembarcaron todos los instrumentos, los efectos de la tripulacion, todo se colocó bajo las tiendas ó en las lanchas. A las cuatro el movimiento arreció; la goleta estaba enteramente ladeada, la proa en seco y la popa hasta la obra muerta.

El 4 se continuó descargando el buque.

El 5 la temperatura se enfrió bruscamente: el termómetro marcó 5° bajo cero Reaumur. Por la noche hubo una magnífica aurora boreal. La goleta no se movia, la cuerda de la sonda permaneció perpendicular y marcaba siempre la misma profundidad. El comandante envió dos hombres á buscar costa... Anduvieron unas 20 verstas al Este y no vieron nada; la profundidad, en donde llegaron, era de 17 brazas: ninguna grieta les habia detenido, el hielo estaba por todas partes muy apretado. El resultado de aquel reconocimiento afirmó á Krusenstern en su propósito de procurar ganar tierra.

La goleta fue completamente descargada; con sus velas se elevó una vasta tienda, que fue consolidada por los estayes que fueron atados á las áncoras en varios puntos, y rodeada por la cadena del áncora, á fin de impedir que el viento se colara en la tienda.

Se habia traído una chalupa de la Petchora, que servia para el agua y para el hielo; aquella chalupa estaba forrada en cobre para su mejor conservacion. Por la noche los charcos se helaron mas de media pulgada. La estacion avanzaba, la situacion de la goleta era desesperada; al cabo de una semana perma-

necia en el mismo sitio. Era preciso atender á la salvacion de la tripulacion. Se verificó un consejo en el cual tomaron parte el comandante, el teniente Mr. Maticen, el contra maestre y tres marineros designados al efecto por sus camaradas. Se desarrollaron las consideraciones siguientes: no habia combustibles mas que para cuatro meses; si la goleta permanecia á flote cuatro meses, la tripulacion se veria obligada á quemarla ó morir de frio. Además, el hielo en que se habia pensado invernar, se habia abierto en una noche de tempestad: ¿podia esperarse que resistiera á los vientos de otoño ó de invierno? ¡Esto no era probable!

Despues del consejo, Krusenstern tomó la resolucion de abandonar el buque y ensayar con su tripulacion el medio de ganar la costa que se descubria al Este.

En consecuencia, la chalupa fue cargada; se pusieron doscientos cincuenta kilogramos de galleta, algunos jamones, una docena de litros de rom, una caja que contenia los instrumentos, los libros y los mapas necesarios para el camino, cuatro grandes pieles de carnero. Cada hombre se estaba haciendo un saco de tela, en el que puso una camisa y treinta y cinco libras de galleta, colocó encima una gran piel samoyeda, llamada malitza, y llevaba en la mano una pica para agujerear el hielo y abrirse paso en los barrancos. Todo el mundo se puso encima sus mejores efectos, y al que le fue posible llevó un par de botas de repuesto.

Hasta aquí no hemos hecho mas que un extracto, tan exacto como ha sido posible, de la relacion de Mr. Krusenstern, á fin de evitar al lector detalles técnicos y repeticiones que puede ser haya encontrado á montones; pero en el momento en que el valeroso oficial, con sus pequeñas huestes, vá á emprender su doloroso viaje, le devolveremos la palabra para que describa las terribles peripecias y el éxito inesperado que coronó sus enérgicos esfuerzos.

III.

NARRACION DEL TENIENTE KRUSENSTERN.

La tripulacion abandona la goleta *Yermak* en los hielos.—En el camino se abandonan tambien la chalupa y los trineos.—Plegaria.—El herrero Sitnikor.—Accidente.—Claros.—Navegacion sobre témpanos de hielo.—Vista de la tierra.—Lavas marinas.—El hambre.—Esperanza perdida.—Las tumbas.—Una zorra.—Robo.—El marinero Ponowa.—Se llega á tierra.—Tienda de los Karachines.—Hospitalidad de Setch.—Sirdetk.—El rio Ubi.—El jefe Egor.—Obdorsk.—Tempestad de nieve.—Regreso á Konia.

El 8 de setiembre soplab una débil brisa del Sur; los hombres se dispusieron para la partida, cosiendo sus sacos y preparando palletes para arrastrar la chalupa. Guardé los instrumentos y puse las provi-

siones secas al abrigo, parte en la popa y parte bajo la tienda. No dejé nada en la cala. El rom blanco, el azúcar, el té, dos grandes barriles de aguardiente y otras muchas provisiones, fueron colocadas bajo cubierta. Habia hecho intencion de ponerme en camino al día siguiente muy temprano, para lo cual mandé á la tripulacion que se acostara mas temprano que de ordinario; di orden al cocinero de que preparase el desayuno para las cuatro de la mañana.

El 9, el termómetro marcaba 4° Reaumur; el viento habia cambiado durante la noche de Noroeste á Nord-nordeste. Hice levantar á la tripulacion á las cuatro: despues de un buen almuerzo en el que no se escasearon los comestibles, cada hombre se puso sus vestidos de mas abrigo, y á las seis y media todo el mundo estaba pronto á ponerse en marcha. Yo dejé sobre la mesa de mi cámara, como documento, una corta descripcion de nuestra posicion, la época en la cual abandoné mi barco, á qué latitudes y longitudes, con cuántos hombres, sus nombres y el objeto que nos proponíamos.

A las siete de la mañana del 9 de setiembre, despues de haber implorado la proteccion de Dios, me puse en marcha á la cabeza de mi tripulacion, dejando la goleta á los 69° 57' de latitud Norte y 66° 2' de longitud Este de Greenwich; me dirigí hácia la costa oriental del mar de Kara. Yo iba el primero abriendo la marcha. Despues de mí, bajo la direccion de Mr. Maticen, mi segundo, diez y seis hombres arastraban la chalupa; iban en seguida el doctor y el contra maestre custodiando un pequeño trineo cargado de leña y provisiones; en fin, dos jóvenes voluntarios conducian otro trineo al que venian enganchados los perros de Mr. Maticen. Al cabo de dos horas conocimos evidentemente que no podíamos continuar de aquella manera; constantemente habíamos tenido que atravesar barrancos ó trepar cuevas escarpadas; muchos hombres se habian caído al agua, los trineos se rompian: á las diez de la mañana la chalupa estaba casi hecha pedazos: resolví abandonar trineos y chalupa.

Cada uno metió en su saco galleta para veinte días. Dí á los mas fuertes para que lo llevaran el diario de bordo, un antejo de larga vista, un aneroide, la carta de los sitios en que nos encontrábamos y un plomo de sonda con su cuerda; di á otro una tetera pequeña con una libra de té. Para protegernos contra los osos blancos y poder atender á las necesidades de nuestra subsistencia, distribuí cuatro carabinas, una escopeta de dos cañones, tres revolvers, dos pistolas, pólvora, balas y perdigones. Me ví obligado á abandonar los dos cronómetros que me habian enviado de San Petersburgo. Hubiera sido un fardo pesado para los que ya iban cargados, y comprendí que se caerian al agua ó se romperian en las caidas inevitables

en el camino que seguíamos; por otra parte, esperaba poder volver con trineos para salvarlos con los otros instrumentos, si teníamos la felicidad de encontrar pronto un lugar habitado. Antes de abandonar la chalupa, comimos abundantemente por la última vez, y permití á cada uno de mis marineros beber una copa de rom blanco.

A las diez y cuarto, despues de haber rogado de nuevo á Dios, nos pusimos en marcha. No se veia ya mas que la arboladura de la goleta.

El tiempo estaba bastante claro, el termómetro señalaba 5° Reaumur. Si bien era muy penoso trepar por las sierras escarpadas y salvar los barrancos, avanzábamos con bastante rapidez hácia el Este. Yo iba delante con la brújula en la mano, buscando el camino mas fácil y sondeando con mi pica los obstáculos ocultos. Al cabo de una hora, la tripulacion se habia dispersado en una estension de mas de 2 verstas; los mas rezagados seguian con mucho trabajo, y yo me detuve un momento al pie de una montaña de hielo. Cuando llegaron los últimos al lugar en que hice alto, me contaron que el herrero Sitnikor se habia quedado en el camino no habiendo podido seguir por hallarse ébrio. Hacia ya mucho tiempo que se le habia perdido de vista. Inmediatamente pregunté á la comitiva si habia en ella alguno que quisiera salvar á su camarada; pero el silencio general me hizo comprender que cada cual pensaba mas en conservar sus fuerzas para sobrellevar las fatigas sucesivas que en salvar al desgraciado. Entonces, desprendiéndome de mi saco, ordené al contra maestre Pankratow que hiciese otro tanto, y armados de picas y carabinas, fuimos en busca del extraviado. Despues de haber andado unas tres verstas, hallamos á Sitnikor que dormia. Le desperté y le dije que me siguiese, pero se hallaba completamente privado de razon. En el momento de abandonar la chalupa, habia bebido tres vasos de rom. Para hacerle recobrar los sentidos, le sacudí con fuerza, pero no pudo levantarse. Me dijo llorando: «Déjeme vuestro honor; está escrito que he de morir en este sitio.» Ví que tenia aun necesidad de dormir, y para hacerle pasar mas pronto la borrachera, le quité su capote, que eché lejos de allí, dejándole en mangas de camisa, y le hice prometer que procuraria unirse á nosotros apenas se despertase. Le dejé muy persuadido de que le veia por última vez. Luego que me hube incorporado á la tripulacion, cogí de nuevo mi saco y seguimos adelante. Los marineros caminaban silenciosos; la pérdida de su camarada les afectaba vivamente. De cuando en cuando se me acercaba alguno de ellos y me decia: «Dígame vuestro honor la verdad: ¿Sitnikor ha muerto?»

El viento refrescó y empezó á nevar.

A cosa de las dos me detuvo un nuevo incidente;

el marinero Resanor, que se hallaba cerca de mí, tiró su saco y voló al auxilio de Gregori Vichniacor, el cual, habiéndose caído en una charca de agua dulce,

iba á ahogarse. Cuando llegamos á la balsa, el desgraciado temblaba de tal modo, que no pudo quitarse sus vestidos mojados. Nos vimos obligados á cubrirle



El herrero Sitnikov se niega á andar.

con los nuestros que teníamos de repuesto, y no entró en calor hasta la noche. La aneroide que cayó al agua con él quedó perdida. La tripulación, poco

acostumbrada á andar, encontraba muy rudo el camino con tanto peso á la espalda. Algunos tuvieron vómitos, pero el único medio de salvacion era



Travesía del canal de agua libre sobre un fragmento de hielo.

ganar tierra cuanto antes, y cada cual andaba como podía. Al anoecer hallamos un barranco de agua libre, que bordeamos mucho tiempo sin hallar un

punto favorable para atravesarle. Llegada la noche acampamos al pie de una montaña de hielo.

El baron Budberg, uno de los voluntarios á quien



Vista de una cordillera de hielo.

había encargado el termómetro, cayó en un barranco, y en su caída se hizo pedazos el instrumento. Cuando nos quitamos los morrales experimentamos todos un vivo dolor en los hombros, y algunos de nosotros no podían siquiera mover los brazos. Por espacio de media hora todos estuvieron de centinela uno tras otro, y teníamos á mano las carabinas cargadas para el caso de que tuviéramos que contrarrestar al ataque de los osos blancos. Dormíamos perfectamente envueltos en nuestros capotes, si bien al calor del cuerpo se derretía el hielo, y al despertarnos nos encontrábamos en un charco.

El día 10 por la mañana, mientras nos desayunábamos con un pedazo de galleta, tuvimos una grande alegría. Se nos incorporó el herrero Sitnikov, que anduvo toda la noche siguiendo nuestras huellas, lo que en medio de las tinieblas debió ofrecerle no pocas dificultades. Hé aquí un ejemplo sorprendente de lo que puede el instinto de conservación que nos dió la naturaleza.

A las seis y media nos pusimos en marcha. Era menester atravesar el barranco que nos había detenido la víspera, y encontramos un punto mas estrecho, en el cual, con el auxilio de un témpano y la cuerda de la sonda pudimos formarnos un transporte. El paso duró cosa de una hora; en el témpano se colocaban dos hombres á la vez. Seguimos luego nuestra peregrinación hácia el Este, muy persuadidos de que no teníamos ya que cruzar ningun otro claro.

Al medio día encontramos pisadas recientes de osos blancos que se dirigían hácia una elevada montaña de hielo, de la cual pasamos á la distancia de media versta; pero nadie estaba de humor para cazar. El cansancio se hizo insoportable; muchos empezaron á desprenderse en el camino de todo lo que no juzgaban indispensable, zapatos de repuesto, camisas de lana, y hasta hubo quienes tiraron galleta. Donde quiera que hacíamos alto dejábamos un testimonio de nuestro paso: camisas, botas, y algunos hubo que se desprendieron hasta de sus cantimploras, figurándose, despues de cada sacrificio, que andaban con mas soltura. El aposentador Larionov se hallaba de tal modo rendido, que tiró casi toda su galleta. Yo andaba aun con bastante facilidad, y no dejé en el camino mas que las greñas, que habian crecido mucho porque caían heladas encima de los ojos y me impedían ver. Cuanto mas avanzábamos, mas espacios libres encontrábamos. Cuando el claro era bastante estrecho, lo atravesábamos con un improvisado transporte, como he referido anteriormente. Cuando era muy ancho escogíamos un témpano suelto que fuese bastante voluminoso y grueso para llevarnos á todos á la vez, y lo empujábamos á la orilla opuesta con toda la fuerza de que éramos capaces; entonces, bogando con nuestras picas y las culatas de nuestras

escopetas, y poniendo en lugar de velas nuestros capotes tendidos, atravesamos lentamente el espacio y proseguíamos nuestro camino. Al anochecer monsieur Maticen se sintió acometido de un fuerte dolor de estómago y vómitos.

Síntomas idénticos se manifestaron en el doctor Licher. Toda la tripulación arrastraba los pies con la mayor dificultad. A las ocho menos cuarto hallamos un sitio favorable para pasar la noche. Estenuados de fatiga, nos tendimos todos sobre el hielo, y permanecemos por algun tiempo en esta posición sin decir una palabra.

La profundidad disminuía muy lentamente. El día 10 por la tarde era de 14 brazas. Hubo quien pretendió haber visto la costa, pero empezaba á oscurecer, y nada se distinguía con el anteojo de larga vista. Cada cual se envolvió en su capote, y todos dormimos con mas gusto que una dama en un colchon de plumas; los centinelas se relevaban cada media hora. Aquel día habíamos andado trece horas y cuarto, deteniéndonos de cuando en cuando diez minutos para respirar.

Nos levantamos al apuntar de día. El 11, lo mismo que la víspera, nos encontramos en un charco. Yo me encaramé inmediatamente por la montaña de hielo al pie de la cual habíamos acampado, y ví la tierra hácia el Este-nordeste. La vista de la costa electrizó la tripulación, y resucitó en ella la esperanza de salvarse que empezaba ya á abandonarla. En cuanto á mí, habia visto agua en todas direcciones, y no sabía cómo sin embarcación habíamos de poder atravesarla.

¡Con qué rapidez volvieron todos á cargar con sus morrales! ¡Qué ademanes de triunfo! ¡Cómo me precedían sin darme siquiera tiempo de ocupar mi puesto! «Ahora que vemos la costa, me decían, ya podemos andar, ya no estamos cansados.»

Pero ¡ay! una hora despues volvimos á encontrar el agua, y despues de cruzarla, nos hallamos delante de una grande estension de hielo hecho pedazos que parecia intransitable. Al mismo tiempo se distinguía muy bien la arena roja de las quebradas y dunas de la costa. ¿Qué hacer? Me arrojé delante, rompiendo aquí, saltando allí, pasando de uno á otro témpano, con la ayuda de la pica, y la tripulación me siguió. Dios tuvo misericordia de nosotros. Al cabo de hora y media alcanzamos de nuevo el hielo firme. Mr. Budberg, no teniendo pies de marinero fue quien mas sufrió en esta travesía, pues resbaló varias veces y se hubiera ahogado sin el auxilio de la tripulación. Hicimos en aquel día todo lo posible para alcanzar la costa; pero á cada instante encontrábamos agua, y algunos claros tenían mas de 50 brazas de ancho. Los atravesábamos algunas veces con la cuerda de la sonda, y otras todos juntos embarcados en un tém-

pano dábamos al viento nuestros capotes desplegados y nos confiábamos á la voluntad de Dios.

A cosa de las cuatro, despues de comer, nos hallábamos en medio de un ancho claro, cuando de repente, á algunos pasos de nuestra isla flotante, aparecieron en la superficie del agua seis lobos marinos dirigiéndose resueltamente hácia nosotros. Dí yo con la pica al que tenia mas cerca, pero sin resultado; los otros se detuvieron, aguardando el resultado del ataque de su camarada. Este, hincando sus colmillos en el hielo, empezaba ya á escalar nuestro islote que se hallaba demasiado cargado. Nuestra posición hubiera sido muy crítica si dos ó tres hubiesen acometido simultáneamente, pues nuestro témpano hubiera indudablemente zozobrado ó se hubiera ido al fondo. Yo cogí una carabina y conseguí meter la bala en un ojo del monstruo, el cual se desprendió del hielo y se zambulló en el agua. Los otros desaparecieron.

Fuimos avanzando, ya sobre el agua, ya sobre el hielo, hasta las ocho de la noche, hora en la cual la oscuridad nos obligó á detenernos, y acampamos en un gran témpano, que aunque enclavado, giraba sobre sí mismo. Habia 11 brazas de sonda, y la costa se hallaba á 7 ó 8 verstas de distancia. Empezamos á sentir los efectos del hambre, pues no nos atrevíamos á comer sino muy poco, habiéndonos probado los sucesos de aquel día que podíamos permanecer aun mucho tiempo sobre el hielo. El frio nos despertaba á cada instante, y las fuerzas nos abandonaban rápidamente. Mr. Maticen, no habiendo probado un bocado en dos días y sintiéndose muy malo del estómago, hablaba de su próxima muerte durante todo el día 11. Habia tenido grandes vómitos, y necesario fue tener toda la fuerza de su enérgica voluntad para arrastrar su cuerpo hasta el punto en que nos encontrábamos.

El 12 de setiembre, al ser de día, yo trepé hasta el vértice del témpano. El mar estaba libre en torno suyo; el viento se había inclinado al Este y soplabá con fuerza. A las ocho nos envolvió una densa niebla. La tripulación perdió toda esperanza y cayó en una desmoralización completa. A las once, al variar la marea, nos hallábamos silenciosamente sentados encima de nuestros morrales; volvieron los témpanos; uno de ellos pasó cerca de nosotros, y lo alcanzamos con el auxilio de la cuerda de sonda y de un témpano pequeño. Tchernonsov y yo, que nos embarcamos los últimos, estuvimos muy espuestos á quedar separados para siempre de nuestros compañeros. El embarque había sido muy largo, y el hielo iba andando siempre cuando vino por última vez el témpano; la cuerda de sonda era demasiado corta; yo la alargué con mi corbata, mis ligas y mi cinto; los marineros añadieron también á ella cuanto pudieron y el témpano había ya casi llegado hasta nosotros, pero faltaban aun 5 pies cuando la cuerda no alcanzaba ya

mas; con el auxilio de la pica pudimos salvar la distancia. A la agilidad y fuerza del marinero Resanov debimos nuestra salvación.

La esperanza renació; marchábamos alegremente hácia la costa que se aproximaba visiblemente, pero bien pronto nos detuvo un claro, y mientras buscábamos los medios de atravesarlo, el viento arrió, y á pesar de la corriente, la distancia que nos separaba de la costa se aumentó. Desde lo alto de un hielo elevado, pude ver con el anteojo que el agua que nos habia detenido era la última, y que desde el otro lado se estendía hasta la costa una masa de hielo sólida. Estábamos á unas 4 verstas de tierra. Cuando estábamos cerca de la salvación, la sonda nos probó que nos alejábamos; todos nuestros esfuerzos para atravesar fueron vanos. Entonces desesperados, nos envolvimos en nuestros capotes y esperamos la suerte que no habíamos podido conjurar; el viento del Este aumentaba; el hielo sobre el cual estábamos era plano y no ofrecía ningun abrigo: tenia 150 brazas de área y 5 ó 6 de espesor. En poco tiempo la costa desapareció y perdimos todo el camino que habíamos hecho tan penosamente. Por una causa desconocida, los hielos que nos rodeaban iban mas de prisa que el nuestro. Algunos instantes despues, no vimos nada mas, y las olas llegaron bien pronto á sacudir nuestro islote. Helaba; nos costaba gran trabajo el calentarnos. Hácia la tarde el viento se volvió tempestuoso. Nuestros capotes nos impidieron morir de frio; nos agrupábamos las cabezas tapadas y los pies abrigados con el capote del vecino. A las once, un pedazo de nuestro hielo se rompió y salvamos con trabajo cuatro de nuestros hombres que estaban acostados encima. Mr. de Budberg era de aquel número; las olas eran tan fuertes que llegaban hasta nosotros; no podíamos evitarlas.

El 13 de setiembre, á las siete de la mañana, nuestro témpano se rompió en dos con un ruido semejante á un cañonazo; el mar barria la superficie sobre que habíamos quedado. Mr. Maticen, cuya salud decaía siempre, me trasmirió sus últimas voluntades y me encargó un adiós para sus padres. Procuré volver el valor á mis hombres por medio de relatos de naufragios en que los marineros se encontraban con frecuencia en posiciones tan desesperadas como la nuestra, pero mis esfuerzos fueron infructuosos.

El tiempo se templó, la temperatura estaba á poco mas de 1°.

A las seis de la mañana empezó á caer una nieve espesa; á cosa de las nueve se cambió en lluvia. Estábamos mojados y nos costaba gran trabajo el calentarnos: una hora de helada como la anterior, hubiera puesto fin á todos nuestros sufrimientos.

Al medio día, el viento y el mar cayeron completamente; una ligera brisa del Sur-suroeste sopló, y pudimos esperar que nuestro hielo lo resistiría. El